



RUSIA, TURQUÍA E IRÁN. LA GRAN COMPETICIÓN

IGNACIO FUENTE COBO

Coronel de Artillería DEM.

Analista principal del Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE)



Introducción

Hace años, el pensador norteamericano Robert Kagan escribió un libro titulado *La venganza de la geografía*, en el que afirmaba que el poder de una nación y su estrategia de seguridad están ligados a la geografía, y que es el uso de la geografía el que sostiene la prosperidad y favorece la expansión de su influencia. Este sería el caso de Rusia, Turquía e Irán, tres Estados para quienes solo el control de los espacios geográficos naturales que les rodean garantizan la estabilidad interna y el equilibrio regional. El problema se presenta cuando los espacios que cualquiera de ellos considera de su interés coinciden con los de sus vecinos.

Rusia, Turquía e Irán son tres Estados cuyo comportamiento en el orden internacional se ajusta bastante bien a una concepción esencialmente realista de las relaciones entre potencias con aspiraciones geopolíticas. Los tres son Estados soberanos, pero también mantienen entre sí un alto grado de dependencia derivado de la proximidad geográfica, la competición regional y la convergencia de intereses.

La soberanía la entienden como la capacidad que tiene cada uno de ellos para hacer frente a sus propios problemas de seguridad en función de su tamaño, configuración física, demografía, riqueza y poder militar. Cuanto más tengan de estos factores, más poderosos son. Dado ninguno de ellos tiene un dominio absoluto de todos ellos, normalmente no pueden hacer lo que desean, ni conseguir todo lo que se proponen, lo que les obliga a negociar y a aceptar ser influidos en su comportamiento por los intereses de los otros.

Su forma de actuar la contemplan desde la perspectiva del interés nacional entendido en términos de poder relativo; es decir, de la cantidad de poder que cada uno de ellos tiene respecto a otras potencias tanto a nivel regional como global. La diferente actitud de confrontación o cooperación que asumen en los escenarios geográficos del mar Negro, el Cáucaso o Asia central, pero también en Libia u Oriente Medio responde a una concepción de la seguridad basada en la aceptación, o negociación, de la distribución de poder entre ellas.

En cada momento, o circunstancia histórica, cada una ha buscado incrementarlo o mantenerlo, normalmente imponiéndose a sus vecinos y, si ello no es posible, cooperando con ellos. Sus políticas nacionales se han basado en el principio de que el único nivel «adecuado» de seguridad consiste en ser dominantes en los espacios geográficos en los que compiten o, alternativamente,

en evitar mediante alianzas que cualquiera de las otras sea lo suficientemente fuerte para imponerse regionalmente.

Esto no quiere decir que el enfrentamiento sea el estado natural permanente entre ellas, ni que la competición se limite exclusivamente a los espacios geográficos colindantes, o al terreno militar, pero sí que cada una define pragmáticamente la estrategia que mejor sirve a sus intereses, frecuentemente a costa de las otras. De esta manera, Rusia, Turquía, e Irán pueden decidir la conveniencia de usar o no la fuerza y el mejor momento para hacerlo en función de la importancia que dan a sus intereses nacionales en cada escenario geográfico. Ello hace que la confrontación haya sido una constante de su historia, y también que la guerra entre ellas pueda surgir en cualquier momento.

Ahora bien, como Estados fundamentalmente pragmáticos, su política esta movida por el interés nacional más que por la ideología y son capaces de aliarse o competir entre sí en función de las circunstancias y del coste de oportunidad que ello suponga y hacerlo tanto con carácter temporal como geográfico.

Aspectos comunes de Rusia, Turquía e Irán

Cuando analizamos estas tres potencias y las comparamos en términos geopolíticos, Rusia es la más poderosa. Su extensión geográfica es diez veces la de Irán y veinte la de Turquía. Su población de ciento cuarenta millones de habitantes, es muy superior a la de los otros dos países, que solo alcanza los 85 millones cada uno. También en términos económicos Rusia es más rica que los otros dos países, con un producto interior bruto en términos de poder adquisitivo tres veces superior al de Irán, y vez y media el de Turquía. Si nos referimos a los aspectos militares, y descontamos el desgaste producido por la guerra en Ucrania, las fuerzas armadas rusas equivalen en términos cuantitativos a la combinación de las de Turquía e Irán. También la industria militar rusa es mucho más potente que la de los otros países, aunque la de Turquía está creciendo fuertemente en los últimos años y tiene algunas áreas de especialización donde son punteros tecnológicamente a nivel mundial, como sería el caso de los drones.

Es decir, en términos puramente cuantitativos, Rusia puede definirse como una gran potencia, si bien su participación en la guerra de Ucrania, la debilidad de su demografía y su incapacidad de acceder al dominio de las tecnologías más avanzadas hacen que deba considerarse como una potencia en declive, a medida que su poder militar y económico se resiente y se va alejando de las grandes potencias dominantes globales que son los EE. UU. y China.

Por el contrario, la no participación en la guerra en Ucrania de Turquía e Irán, su mejor demografía y un mayor crecimiento económico en los últimos años, a pesar de la crisis actual en Turquía y las sanciones a Irán, ha hecho que el peso geopolítico en términos absolutos de ambas se acreciente y disminuya su diferencia en términos relativos con Rusia. Esta mayor nivelación de las tres potencias tiene un reflejo natural en las relaciones de poder entre las mismas.

Si hacemos un análisis en términos geopolíticos e intentamos identificar algunos de los rasgos que caracterizan a estas tres potencias podríamos destacar los siguientes. En primer lugar, las tres tienen una visión mesiánica de sí mismas y creen que están llamadas a jugar un papel fundamental en el devenir de la Historia.

En segundo lugar, se trata de tres potencias revisionistas que se consideran víctimas del orden liberal y, por tanto, lo cuestionan. Desde posiciones distintas, piensan que tal como está concebido, les perjudica. Alguna directamente lo rechaza, como sería el caso de Irán, al entender que se trata de un orden dictado por Occidente del que se le ha excluido, hasta el punto de verse relegada al estatuto de «paria». Otras como Rusia buscan crear, en conjunción con China, un orden alternativo en el que el poder internacional este mejor repartido y en el que los Estados Unidos ya no sean la potencia dominante. Finalmente, Turquía no cuestiona abiertamente el orden liberal; más bien piensa que, en la actual situación de incertidumbre, puede beneficiarse del mismo aprovechando las oportunidades que le ofrece la competición entre las grandes potencias.

En tercer lugar, los tres Estados tienen un fuerte componente ideológico en su comportamiento internacional y están dirigidos por líderes autoritarios. También las tres tienen ambiciones expansionistas. Estas son bien de carácter geopolítico buscando extender su influencia en las regiones periféricas —lo que Rusia denomina su «extranjero próximo»—, bien de carácter ideológico como sería el caso de Irán, que trata de extender la influencia del fundamentalismo islámico que corte chiita en Oriente Medio y Asia central, o bien una combinación de ambas como sería el caso de Turquía con una deriva cada vez más islamista, pero también con ambiciones geopolíticas en áreas vecinas que considera pertenecientes a su esfera de influencia.

En cuarto lugar, las tres potencias están dispuestas a emplear la fuerza para avanzar sus intereses bien de manera directa, bien a través de actores delegados, los llamados «proxy», o bien utilizando con carácter oportunista estrategias híbridas, como sería el caso de Rusia con el empleo de la compañía Wagner en Siria, Libia o el Sahel, o Turquía utilizando a Azerbaiyán como actor delegado frente a Armenia, en su intento de imponerse en el Cáucaso.

Finalmente, las tres son potencias pragmáticas, capaces llegar a acuerdos con potencias antagonistas y de aliarse entre ellas en determinados escenarios y, al mismo tiempo, competir en otros.

La influencia de la geopolítica en las relaciones entre Rusia, Turquía e Irán

Si bien las tres potencias tienen modelos geopolíticos con numerosos rasgos en común, cada una de ellas presenta características geopolíticas propias que la diferencian de las otras. Rusia siempre ha tenido una vocación imperial y siempre se ha considerado una de las naciones elegidas por la providencia para llevar a cabo un proyecto mesiánico: el de servir de intermediario entre Oriente y Occidente, convirtiéndose al mismo tiempo en garante de los derechos de los pueblos eslavos. Su historia se ha caracterizado tradicionalmente, por una política expansionista basada en la ocupación de las inmensas tierras que se extienden desde Europa occidental hasta el Pacífico.

Por tanto, su política de expansión se ha dirigido hacia el sur hasta llegar a las montañas del Cáucaso y las cordilleras de Asia central; hacia el este hasta llegar al océano Pacífico y hacia el norte hasta encontrarse con las aguas heladas del océano Ártico. Sin embargo, la expansión rusa hacia el oeste ha tenido el inconveniente de la falta de obstáculos naturales y de chocar con potencias europeas que históricamente han sido poderosas. La concepción geopolítica rusa en esta región se ha basado en apoyarse en la creación de zonas de amortiguamiento, las llamadas «tapón», que impidieran la confrontación directa con unos Estados centroeuropeos siempre recelosos del expansionismo ruso.

La geopolítica rusa desde sus orígenes como Estado responde, por tanto, a la búsqueda de fronteras seguras. Pero esta expansión no ha sido pacífica, sino profundamente agresiva¹. Desde los tiempos de Pedro el Grande auténtico artífice de la nación rusa, los dirigentes rusos han proclamado reiteradamente la necesidad de usar la fuerza en el interés de la prosperidad y la grandeza de Rusia, aunque ello supusiese mantener a la nación en un estado perpetuo de guerra.

En este sentido, la visión del Estado ruso ha sido fundamentalmente geopolítica, utilizando en su beneficio las ventajas que le confieren su geografía —con abundancia de ríos caudalosos que transcurren dirección norte sur y sur norte y que favorecen la penetración—, y las características de su áspero clima,

1 OHANYAN, A. (2018), «Why Russia starts so many conflicts on its own borders», *The Washington Post*, September 12.

que le ha protegido en momentos críticos de las invasiones europeas. También la estepa euroasiática ha sido una vía de comunicación natural y de expansión hacia y desde la Siberia oriental y el océano Pacífico.

Esta tendencia política rusa obedece a un comportamiento geopolítico que los teóricos realistas como Mearsheimer consideran el normal de las grandes potencias: primero se expanden regionalmente y luego lo hacen con carácter global. El apogeo de la expansión Rusia tuvo lugar durante la Guerra Fría y su final, con la mengua geográfica consiguiente, supuso un trauma existencial para un estado ruso que siempre se había considerado una potencia global.

Por tanto, su geopolítica contemporánea ha ido dirigida a la reconstitución en la medida de lo posible de los espacios perdidos. La Unión Euroasiática, que Rusia va a impulsar a partir de la segunda década de este siglo responde a este propósito regenerativo en el que se combinan países centroasiáticos, históricamente pertenecientes al mundo túrquico y, en menor medida, iranio, como es el caso de Kazakstán, o Kirguistán, con otros europeos como Bielorrusia. En este experimento político, Ucrania juega un papel determinante para evitar un excesivo desplazamiento del centro de gravedad ruso hacia Asia. Otro tanto ocurre con el Cáucaso, que Rusia entiende pertenece a su extranjero próximo y que por tanto se encuentra dentro de su zona de influencia.

El problema de un diseño tan ambicioso es que Rusia no tiene el suficiente peso geopolítico para acometer la recomposición de su espacio de influencia sin chocar con sus vecinos Turquía e Irán, por lo que sus ambiciones geopolíticas superan a sus propias posibilidades de éxito. Un PIB similar al de Italia y una población en franco declive demográfico, hacen que solo su capacidad militar y nuclear, y sus recursos naturales, principalmente energéticos, le permitan mantener sus aspiraciones de potencia global, algo que la guerra en Ucrania ha debilitado y que la eventualidad de una derrota rusa acabaría por arruinar.

El comportamiento expansionista de Rusia le ha llevado históricamente a la confrontación con Turquía e Irán, potencias vecinas, creando un estado de conflicto casi permanente, en el que Rusia tradicionalmente se ha impuesto. Sin embargo, hoy en día, la guerra en Ucrania permitiría a Turquía e Irán, que también tienen intereses en las mismas áreas fronterizas, aprovechar la actual situación de una mayor debilidad rusa, para avanzar sus posiciones en regiones que tradicionalmente han sido consideradas bajo influencia rusa.

En este sentido, el comportamiento geopolítico de Turquía obedece a lo que podríamos llamar «el despertar de las potencias medias»². Su posición a

2 «The new world order and the rise of the middle powers», *Financial Times* (28 de febrero de 2022).

caballo entre Asia, África y Europa, permite a Turquía influir fuertemente en el Cáucaso, Asia Central, los Balcanes, y Oriente Medio y aprovechar las oportunidades que proporciona la situación de desorden del sistema internacional para convertirse en una potencia regional dominante, capaz de competir en términos equilibrados con Rusia y ventajosos con Irán.

En los últimos años, Turquía ha venido desarrollando una política oportunista que la guerra en Ucrania ha acentuado³, basada en la explotación de conflictos y la generación de tensiones, así como en el aprovechamiento de los vacíos de poder producidos por la retirada de otras potencias como Rusia, Estados Unidos, o Francia, de determinadas áreas geográficas.

Para ello ha utilizado instrumentos ambiguos pero exitosos, como sería el empleo de un doble juego en escenarios como Ucrania, donde su papel en el ámbito de la OTAN es cuando menos controvertido. Dentro de este concepto estaría igualmente, la utilización con fines geopolíticos de su «poder blando» —como sería el caso de su intermediación en el acuerdo para la exportación del grano de Ucrania a través del mar Negro—, la alianza con Rusia en determinados momentos en el escenario de Siria, o la utilización de Estados delegados para avanzar sus intereses, como sería el caso de Azerbaiyán en el Cáucaso.

La geopolítica tradicional turca diseñada en la época de Kemal Atatürk, basada en el principio de «paz en Turquía, paz en el mundo»⁴, ha sido sustituida por un cierto neoimperialismo, cuya finalidad última sería la reconstrucción en los mayores términos geográficos posibles del antiguo imperio otomano.

La política exterior del partido AKP del presidente Erdoğan se basaba a principios de siglo, en el principio «cero problemas con los vecinos», con el que Ankara pretendía ampliar la influencia de Turquía construyendo vínculos comerciales, fomentando la democracia y enfatizando su identidad islámica⁵. Sin embargo, desde la década de 2000, esta política se ha vuelto más autoritaria en lo interior y más asertiva internacionalmente. Según el que fuera ministro asuntos exteriores Davutoğlu, Turquía posee una «profundidad estratégica» como país de Oriente Medio, los Balcanes, el Cáucaso, Asia Central, el Caspio, el Mediterráneo, el Golfo y el Mar Negro, lo que le permite implementar una

3 KHAN, L., *Erdoğan's opportunism in the wake of the Russia-Ukraine war*. Middle East Institute, 6 de julio de 2022.

4 MURAT SEYREK, D., «Was Turkey's Atatürk an authoritarian leader or a visionary Europe?», *Euroviews*, 10 de noviembre de 2023.

5 DAVUTOGLU, A., «Turkey's Zero-Problems», *Foreign Policy*, 20 de mayo de 2020.

política exterior multidimensional y reclamar un papel central en la política global⁶.

La doctrina de profundidad estratégica, convertida en la guía de actuación de la política exterior del AKP, contempla una Turquía que puede ejercer simultáneamente influencia en todas estas regiones y reclamar un papel estratégico global. Turquía debe desarrollar una política proactiva acorde con su profundidad histórica y geográfica, amplificada por su legado otomano. Esta doctrina desarrollada en toda su amplitud, coloca a Turquía en rumbo de colisión con sus vecinos ruso e iraní.

Igualmente, su estrategia conocida como «de la Patria Azul» iría encaminada a expandir la influencia turca en la región y la finalidad última sería que Turquía domine el Mediterráneo y recupere el poder comercial y marítimo que alguna vez tuvieron los otomanos⁷. Esta estrategia expansionista representa, además de una visión ampliada de las fronteras marítimas de Turquía en el Mediterráneo, un intento de repositionar al país como potencia marítima. En este sentido, y según la narrativa de sus creadores, los intereses geopolíticos turcos estarían esencialmente llevados por motivaciones geopolíticas y en su núcleo residiría el descontento turco con Occidente.

Por otra parte, Turquía cuenta con un gran activo geográfico de gran importancia geopolítica como son los estrechos del Bósforo y los Dardanelos, unas vías marítimas vitales que conectan los mares Negro y Egeo y a través de las cuales pasan cientos de millones de toneladas de carga cada año. Su control le fue otorgado por la Convención de Montreux de 1936. La guerra entre Rusia y Ucrania y la confrontación entre Rusia y Occidente han revalorizado extraordinariamente el valor estratégico de los estrechos y, con ello, de Turquía hasta el punto de que Rusia tiene que tener en cuenta la posición de Ankara cuando adopta medidas que pueden alterar la estabilidad y el equilibrio en la región del mar Negro.

Pero las ambiciones turcas no acaban allí. El presidente Erdoğan pretende proyectar aún más el poder de Turquía, especialmente en Medio Oriente, donde la menguante presencia estadounidense y la debilidad rusa han dejado un vacío que Ankara espera llenar. Ello supone un cambio asertivo en la política exterior turca dirigido a ampliar su huella militar y diplomática. Turquía ha lanzado en los últimos años intervenciones militares en países como Irak,

6 MURINSON, A. (2010), «The Strategic Depth Doctrine of Turkish Foreign Policy», *Middle Eastern Studies*.

7 DENIZEAU, A. (2021), «Mavi Vatan, la "Patrie bleue": Origines, influence et limites d'une doctrine ambitieuse pour la Turquie», *Études de l'Ifri*.

Libia y Siria; suministrado drones a socios como Etiopía y Ucrania; construido escuelas islámicas en el extranjero y utilizado a Azerbaiyán como «un actor delegado» en su disputa con Armenia sobre la región de Nagorno-Karabaj para avanzar su posición en el Cáucaso⁸.

En lo que respecta a Irán, su geopolítica está condicionada por la historia que es el elemento fundamental para entender su relación con el resto del mundo. Irán nunca ha aceptado convertirse en un Estado clientelar de nadie, ni estar dominado por potencias extranjeras. Incluso durante la época del Shah de Persia, Irán procuró mantener su soberanía y convertirse en un verdadero socio —no un cliente— de Estados Unidos. En ese sentido, la revolución de 1979 y las cuatro décadas de agravios contra Estados Unidos que siguieron son los motores que impulsan la visión del mundo de Irán, un país que considera a Occidente como irremediabilmente imperialista y como un elemento a batir⁹, por encima de cualquier discrepancia que pueda tener con sus vecinos ruso y turco.

A pesar de los intentos de la República Islámica de distanciarse del pasado preislámico del país y del Irán del Sah Reza Pahlavi, La República Islámica continúa una tradición profundamente arraigada e históricamente condicionada por la voluntad de independencia estratégica iraní, que es la que impulsa su comportamiento internacional. Tres factores de esta tradición son particularmente importantes para entender la relación de Irán con sus vecinos Rusia y Turquía, así como con el resto del mundo: Irán siempre resistió ferozmente la dominación extranjera; Irán a menudo buscó un aliado benevolente fuera de la región para apoyar su soberanía; e Irán siempre ha deseado ser visto como una potencia seria que merece respeto de sus vecinos.

La guerra de Ucrania ha sido, en este sentido, una excelente oportunidad para devolver al régimen de los ayatolás a la escena internacional como jugador geopolítico importante en Oriente Medio y, en menor medida, en Asia central. Irán ha sabido aprovechar muy bien sus cartas recomponiendo sus relaciones con Rusia, China e, incluso, con Arabia saudí su competidor geopolítico y religioso en el mundo musulmán, con quien llegó a un acuerdo propiciado por China y «fríamente calculado»¹⁰ para el establecimiento de relaciones diplomáticas.

8 CHAMPION, M. and T. HALPIN, «What's Nagorno-Karabakh and Why Do Azerbaijan and Armenia Fight Over It?», *Bloomberg*, 20 de septiembre de 2023.

9 KARBALAEI, A., «The decline of U.S. imperialism», *Tehran Times*, 16 de abril de 2023.

10 CAFIERO, G., «Iranian-Saudi deal: They didn't do it for love», *Responsible Statecraft*, 8 de septiembre de 2023.

Rusia y Turquía. Entre la competencia y la cooperación

Las relaciones entre Rusia y Turquía han sido tradicionalmente competitivas llegando en numerosas ocasiones a la confrontación. La expansión de Rusia hacia el mar Negro se ha hecho a costa de Turquía con la que ha mantenido trece guerras, desde mediados del siglo XVI hasta principios del siglo XX. No es de extrañar que, durante el periodo de la Guerra Fría, las relaciones entre ambas potencias fueran de abierta hostilidad, si bien Rusia, más poderosa geopolíticamente, se encontraba en una posición dominante en las regiones limítrofes en el mar Negro, los Balcanes, el Cáucaso y Asia central donde sus intereses convergían y por las que competían.

Desde el fin de la Guerra Fría, las relaciones entre Turquía y Rusia han oscilado entre la competencia geopolítica y una cooperación interesada que ha permitido que, a pesar de los desacuerdos, ambas potencias hayan seguido estrategias paralelas en las que la cooperación les ha proporcionado beneficios mutuos. Este sería el caso de la central nuclear de Akkuyu, una construcción faraónica financiada por una empresa rusa en suelo turco, que se inauguró en 2023 en plena invasión de Ucrania y que está previsto que en 2026 proporcione el 10 % del consumo eléctrico de toda Turquía¹¹.

Otro ejemplo destacado de esta política serían los acuerdos para la adquisición por parte de Turquía del sistema de defensa antimisiles S-400. Esta compra coincide con la voluntad turca de lograr una mayor autonomía estratégica en la industria aeroespacial y de defensa a través de la diversificación en la adquisición de sus sistemas de armas¹².

Turquía satisface con los S-400 sus necesidades de seguridad, en unos momentos en los que los conflictos en la región y el uso generalizado de misiles balísticos, cohetes y drones le exigen fortalecer su sistema de defensa aérea. No obstante, no parece ser del interés de Ankara desarrollar aún más sus relaciones con Rusia, para evitar una excesiva dependencia. De hecho, esta estrecha relación de cooperación en materia de armamento no ha impedido que Turquía ofreciera material militar imprescindible, empezando por los temibles drones Bayraktar Tb2, para la defensa ucraniana durante los comienzos de la invasión rusa.

11 BURGE, J., «IAEA Chief Highlights Sustainable Energy as First Nuclear Fuel Arrives in Türkiye», *IAEA*, 28 de abril de 2023.

12 SÁNCHEZ TAPIA, F., «Turquía, entre el S-400 y la pared», *IEEE*, 23 de febrero de 2022.

En cuanto a la guerra Rusia-Ucrania, Turquía ha buscado un mayor equilibrio entre ambos países. Para ello, Turquía no ha mostrado demasiados escrúpulos para «mantener un pie en cada campo»¹³ y gestionar en su beneficio la debilidad de Rusia consecuencia del desgaste en la guerra. Turquía ha suministrado drones de combate a Ucrania, apoyado la votación de la ONU que condenaba la invasión rusa, prohibido todos los buques de guerra en el Estrecho turco y bloqueado el espacio aéreo turco a los aviones rusos con destino a Siria.

En sentido contrario, se ha opuesto a las sanciones occidentales a Rusia debido a sus propias necesidades energéticas y ha mantenido abiertas las puertas al turismo ruso. Esta posición ambivalente ha permitido a Turquía posicionarse como mediador en el conflicto y utilizar su poder blando para ayudar a negociar un acuerdo para suministrar cereales ucranianos a los mercados globales¹⁴.

Sin embargo, esta relación entre Rusia y Turquía tiene una dimensión estratégica adicional. Con la cambiante situación en el mar Negro, el Mediterráneo oriental y el Medio Oriente, ambos países han asumido nuevas posiciones geopolíticas en estos escenarios. Rusia ha seguido una política de seguridad en sus fronteras, buscando el control de las áreas situadas en su extranjero próximo, pero manteniendo los costos y los riesgos en un nivel manejable. Su política asertiva ha venido acompañada de una estrategia de «amistad» asimétrica que ha permitido a Rusia, por medio de unas mayores relaciones de interdependencia, evitar el surgimiento de un bloque de Estados vecinos liderados por Turquía, en su contra.

Por su parte, Turquía se presenta como una potencia revisionista que está sabiendo aprovechar muy bien las oportunidades que le proporciona el actual desconcierto del orden internacional para equilibrar sus asimetrías en las relaciones bilaterales con Rusia y lograr una mayor independencia en los asuntos internacionales. Ello se ha traducido en un mayor afán intervencionista en las regiones que pertenecieron al antiguo imperio otomano y que Turquía entiende forman parte de su esfera de influencia¹⁵.

13 EDWARDS, M., «Erdogan Is a Key Player in Ukraine-on Both Sides», *Foreign Policy*, 22 de mayo de 2023.

14 GABER, Y., «Grain drain: Why Turkey can't afford to ignore Russian grain smuggling from Ukraine», *Atlantic Council*, 25 de julio de 2022.

15 AKYOL, M., «From Ataturk to Erdogan: Turks rewrite history», *Al Monitor*, 20 de noviembre de 2014.

El resultado es que Rusia y Turquía pueden llegar a acuerdos en el mar negro para la exportación de granos y, al mismo tiempo, ser rivales geopolíticos en regiones vecinas. El Mediterráneo oriental, la región del Mar Negro y el Cáucaso meridional son las zonas donde los intereses rusos y turcos más intensamente convergen y compiten. Siria sería el campo de pruebas por antonomasia de esta competición, con los dos países respaldando a bandos opuestos. Rusia apoya al gobierno del Presidente Assad, mientras que Turquía ha ocupado una franja fronteriza del norte del país oponiéndose al gobierno de Damasco.

Ello no ha impedido que ambos Estados hayan sido capaces, junto con Irán, de ponerse de acuerdo en el proceso de paz de Astaná, para llenar el vacío de poder dejado por las políticas estadounidenses, siendo el apoyo a la integridad territorial de Siria el terreno común para el consenso.

Sin embargo, las preocupaciones de seguridad de Turquía, que se han traducido en la ocupación de una amplia zona fronteriza en el norte de Siria han impedido transformar este limitado espacio de acuerdo en una gestión efectiva de la seguridad colectiva en las zonas bajo el control de Rusia y Turquía. A pesar de esta dificultad, los diálogos de Astaná e Idlib no se han abandonado y siguen siendo funcionales para gestionar la inestable situación en Siria.

En cualquier caso, el gobierno turco es consciente de los riesgos de unas relaciones polarizadas con Rusia, en un contexto en el que la cuestión curda y la división entre islamistas y laicos plantean importantes obstáculos para la realización del potencial estratégico de Turquía y suponen un serio inconveniente para sus aspiraciones de convertirse en la potencia regional dominante.

Otro tanto ocurre en Libia, donde ambas potencias apoyan a contendientes opuestos; Rusia apoya al General Khalifa Haftar y a la cámara de representantes de Tobruk que controla la Cirenaica en la parte oriental del país, mientras Turquía lo hace con el gobierno de unidad nacional del Presidente Dbeibah que controla la Trípolitania, incluyendo la capital Tripoli.

Al mismo tiempo Turquía muestra una mayor inclinación geopolítica eurasiática orientada hacia las repúblicas en Asia Central y en el Cáucaso (Azerbaiyán) con las que Turquía tiene una afinidad histórica, étnica y lingüística y que, sin embargo, han formado parte hasta fechas recientes de la zona de influencia rusa.

La victoria de Azerbaiyán en la reciente guerra de Nagorno-Karabaj de 2023, en gran medida gracias al apoyo de Turquía y a la pasividad rusa, indica una mayor intención de Ankara de buscar un papel más importante en el Cáucaso y Asia Central, en detrimento de Rusia, estableciendo relaciones más estrechas con los Estados formados por pueblos túrquicos.

La victoria azerí hubiera sido impensable antes de la guerra de Ucrania, dado que Rusia nunca hubiera consentido una penetración turca tan agresiva en un territorio que siempre ha considerado bajo su influencia y donde, hasta la guerra de Ucrania, se había mostrado ferozmente hostil ante cualquier intento de penetración de potencias vecinas

Igualmente, Turquía podría desempeñar un papel más relevante en Afganistán después de la retirada de Estados Unidos¹⁶. Por lo tanto, la recreación de un espacio túrquico controlado por Ankara puede ser uno de los motores intelectuales, ideológicos y políticos de su política exterior en los próximos años.

Esto pondría en primer plano la naturaleza competitiva, si no conflictiva, de las relaciones turco-rusas. Al final, una gran parte del mundo turco también forma parte del espacio postsoviético. En otras palabras, es probable que el giro de Turquía hacia Eurasia, si se implementa geopolíticamente, la colocaría en rumbo de colisión con Rusia, con repercusiones que se sentirían en diferentes regiones y en distintos formatos.

No obstante, para evitar que la competición entre Rusia y Turquía alcance niveles peligrosos, ambos países han desarrollado un sistema de control de daños basado en el diálogo de alto nivel, el aislamiento de las cuestiones conflictivas y el mantenimiento de la cooperación, especialmente en Siria y Libia, donde Ankara y Moscú tienen enfoques diferentes¹⁷. Se trata de mantener abiertos los canales de comunicación para que las ambiciosas políticas expansionistas de Turquía y Rusia resulten gestionables por ambos Estados.

Rusia e Irán. Una percepción común de la amenaza

En lo que respecta a las relaciones entre Rusia y la República Islámica de Irán, se trata de dos países que han sido históricamente antagonistas y cuya compleja relación ha convertido la guerra de Ucrania en una asociación de conveniencia¹⁸. Si el presidente Vladimir Putin ha resucitado las ambiciones imperiales de Rusia, Irán aparece como un área que tradicionalmente ha for-

16 LEVENT, K., «Turkey's role in Afghanistan: a major risk», *Al Jazeera Centre for Strategic Studies*, 26 de agosto de 2021.

17 CHAMPION, M., «Erdogan's Putin Meeting Was More about Damage Control than Grain», *The Washington Post*, 5 de septiembre de 2023.

18 GERANMAYEH, E. and N. GRAJEWSKI, «Alone together: How the war in Ukraine shapes the Russian-Iranian relationship», *Policy Brief*, ECFR, 6 de septiembre de 2023.

mado parte de su esfera de influencia. Rusia nunca ha visto a Irán como un igual sino como un país a controlar, de manera análoga a como pretendió hacerlo la Rusia imperial.

Sin embargo, el nuevo contexto internacional ha alterado en los últimos tiempos esta visión rusa casi «paternalista». Ambas potencias comparten intereses geopolíticos, especialmente una oposición mutua al orden mundial dominado por Estados Unidos, del cual se sienten excluidos y el cual entienden amenaza su identidad y estabilidad. Esta percepción común de la amenaza se ha convertido en los últimos años en el pilar fundamental de la convergencia de seguridad ruso-iraní.

La crisis de Ucrania habría reforzado el convencimiento de Moscú de la necesidad de mejorar sus relaciones con los Estados situados en la región de Oriente Medio para evitar su aislamiento internacional. Ello se ha traducido en una relación cada vez más sólida entre Rusia e Irán.

Desde que lanzó su invasión a gran escala de Ucrania en febrero de 2022, Moscú ha profundizado drásticamente su cooperación con Irán. A cambio de los drones de combate iraníes y otros equipos militares, Rusia ha intensificado su apoyo defensivo a Teherán, incluyendo la asistencia a sus programas de misiles y espacial¹⁹. Al mismo tiempo, Rusia e Irán colaboran estrechamente en áreas como la desdolarización de sus economías y el comercio en otras monedas internacionales.

La denuncia norteamericana del Plan de Acción Integral Conjunto (JC-POA) —comúnmente conocido como acuerdo nuclear con Irán—, en agosto de 2018, ha supuesto la reintroducción de sanciones contra el programa nuclear de Irán, algo a lo que se opone Rusia como Estado signatario de dicho acuerdo. Rusia ha dejado de presionar a Irán para lograr avances en las conversaciones nucleares, creando un escudo de facto para el estatus casi nuclear de Irán. Moscú parece haber llegado al convencimiento, especialmente en su sector más duro, de que un Irán con capacidad nuclear sería menos peligroso que un Irán cercano a Occidente.

Al mismo tiempo, Rusia también es objeto de sanciones estadounidenses y occidentales como reacción a la anexión de Crimea. La amenaza común de las sanciones ha proporcionado una razón justificada para que Moscú y Teherán profundicen sus vínculos, dando lugar a una asociación estratégica flexible, más que una alianza formal, ya que Rusia no quiere enemistarse con

19 KADAM, T., «Drones for Nukes? Russia Is Helping Iran with Nuclear Program 'In Exchange' For Missiles & UAVs», *CNN Report. The Eurasian Times*, 7 de noviembre de 2022.

países como Israel o los Estados del Golfo Pérsico. Esta asociación estaría impulsada no por ideología sino por los agravios y su finalidad última sería la de enfrentarse a Occidente.

Esta creciente asociación va en la línea de una visión geopolítica de Irán que se viene gestando desde hace años, desplazada cada vez más hacia el Este desde que el presidente Raisi asumió el cargo en 2021. Los líderes iraníes, guiados por el lema revolucionario de «ni Oriente ni Occidente», tradicionalmente han tratado de evitar volverse dependientes de cualquier potencia o bloque. Pero desde 2023, alentado por la guerra en Ucrania, ese equilibrio estratégico se ha inclinado poderosamente en la dirección de una relación cada vez más estrecha con Moscú²⁰.

Irán ha ayudado a consolidar la posición de Rusia en Medio Oriente desde el comienzo de su participación en la Guerra Civil Siria en 2015, en un escenario geográfico en el que ambos países apoyan al presidente Assad. En Siria, Rusia e Irán han encontrado una causa común al acosar, en un esfuerzo combinado, a las fuerzas estadounidenses que se encuentran estacionadas en el noreste del país con la misión de evitar un resurgimiento del Estado Islámico, apoyar a las fuerzas kurdas afines y frustrar las ambiciones iraníes y rusas.

Por otra parte, también está en el interés nacional de Rusia mantener unas buenas relaciones con Irán, que está relacionado directamente con el tamaño de la población musulmana de Rusia y la capacidad de Teherán de influir en los veinte millones de musulmanes que allí habitan, una cifra que se ha duplicado en el lapso de tres décadas. Rusia necesita evitar que esta población se radicalice y que Irán pueda provocar malestar político y social entre diferentes sectores de su población musulmana. A Moscú también le preocupa la posibilidad de que el enfrentamiento entre chiíes y suníes en el mundo árabe se extienda a su territorio convertido y buscaría el apoyo de Irán para impedir que su territorio se convierta en un campo de batalla en la lucha entre diferentes corrientes religiosas.

Como afirmase el presidente ruso Vladimir Putin «las relaciones entre Rusia e Irán son multifacéticas y multilaterales» y que «esto se refiere a las cuestiones de estabilidad en la región, a nuestros esfuerzos conjuntos para combatir el terrorismo, incluso en Siria»²¹. Ambos países entienden que los grupos yihadistas radicales como el Daesh, los insurgentes radicales suníes y

20 HADIAN, N., «Explainer: Iran's Strategic Pivot to Russia», *Iran Primer*, United States Institute of Peace, 18 de mayo de 2023.

21 G. JONES, S., J. S. BERMUDEZ JR. and N. HARRINGTON (2019), «Dangerous Liaisons: Russian Cooperation with Iran in Syria», *CSIS*, 16 de julio de 2019.

los extremistas wahabíes representan una amenaza para la estabilidad interna en Siria, pero también en Irán y Rusia. De hecho, en enero de 2015 Irán y Rusia firmaron un acuerdo militar para combatir juntos el terrorismo que estipula que ambos países intercambiarán personal militar con fines de entrenamiento y permitirán el uso recíproco de instalaciones portuarias para sus fuerzas navales.

Puede esperarse que las amenazas comunes a la estabilidad y seguridad de ambos países, acentuadas por la guerra de Ucrania, faciliten una relación más profunda entre Irán y Rusia, de manera que cuanto mayor presión se ejerza sobre Irán, mayor incentivo tendrán Moscú y Teherán para desarrollar una relación de codependencia que se consolide en todos los ámbitos. Irán ya no necesita imperativamente mantener relaciones diplomáticas y sobre todo comerciales con Occidente, porque ha encontrado en Rusia una alternativa satisfactoria.

En cualquier caso, si la historia sirve como advertencia, Irán aún debe desconfiar de las intenciones de Rusia y así como la República Islámica cree que no puede confiar en Estados Unidos, también permanece un sentimiento de cautela con respecto a Rusia, profundamente arraigado en la memoria colectiva de las élites iraníes²². Parece razonable que Rusia e Irán procedan con prevención colaborando en aquellas regiones donde ambas potencias tienen intereses comunes, pero también evitando las áreas de tensión donde carecen de sinergias.

Turquía e Irán. Una gestión razonable de las desavenencias

Irán y Turquía son dos países que representan el anverso y el reverso de una misma moneda. Ambos comparten una frontera de 312 millas que no ha cambiado desde 1639 y tienen intereses contrapuestos en algunas de las regiones geopolíticas más volátiles del mundo como son el Oriente Medio, el Cáucaso y Asia Central.

Como descendientes de imperios con historias hegemónicas y herederos de grandes civilizaciones que frecuentemente se enfrentaron entre sí, ambos países se sienten profundamente descontentos con un orden internacional que entienden ha subestimado su importancia como potencias regionales relevantes.

22 ROME, H., «Making Iran's Support for Russia More Costly», *The Washington Institute for Near East Policy*, 5 de enero de 2023.

Sus relaciones históricas han estado marcadas normalmente por la sospecha mutua, el conflicto y la competencia y, en los tiempos modernos, han vacilado entre la cooperación y el conflicto, principalmente debido a las tensiones sobre Siria, Irak y el Cáucaso Meridional²³.

La revolución iraní de 1979 ha acentuado las tensiones y diferencias como consecuencia de las ambiciones de Teherán de cambiar el orden regional y, alternativamente, por la percepción iraní que ve en Ankara a un aliado de Occidente y, por tanto, un Estado potencialmente hostil. También en el aspecto religioso, ambos países están enfrentados especialmente por la deriva ideológica, desde las elecciones de 2002, del Partido Justicia y Desarrollo que gobierna Turquía, de raíces suníes opuestas al chiismo militante de Irán.

En la competición entre ambos Estados, Turquía tiene mejores bazas para convertirse en una superpotencia local, dada su plena integración en el sistema económico mundial, su mayor poder económico y militar y su densa red de alianzas empezando por la OTAN. Por el contrario, Irán se encuentra aislado debido a las sanciones internacionales relacionadas con su programa nuclear y la hostilidad norteamericana, aunque la guerra de Ucrania y el realineamiento de las grandes y medianas potencias están cambiando esa situación.

No obstante, ambas potencias cuentan hoy en día con gobiernos pragmáticos que han sido capaces de cooperar especialmente en cuestiones energéticas y en la forma de abordar el problema kurdo²⁴. Las prioridades divergentes en política exterior y los intereses en conflicto no han impedido que Turquía e Irán hayan sido capaces de compartimentar sus relaciones a la hora de gestionar razonablemente las cuestiones geopolíticas y económicas controvertidas aislando unas de las otras. Prueba de ello es la firma el 29 de noviembre de 2021, por parte de los presidentes de Irán y Turquía con ocasión de la 15.ª cumbre de la Organización de Cooperación Económica celebrada en Turkmenistán, de un «memorando para la mejora integral de las relaciones bilaterales».

Este acuerdo va en la dirección de la política del presidente iraní Ebrahim Raisi «Los vecinos primero», cuyo objetivo sería reducir las tensiones entre Irán y sus países vecinos más inmediatos, como Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos (EAU)²⁵. Por su parte, también responde a la «ofensiva

23 JENKINS, G. H., «Occasional Allies, Enduring Rivals: Turkey's Relations with Iran», *Silk Road Paper*, Central Asia-Caucasus Institute, mayo de 2012.

24 KIRISCI, K., «Post-Revolutionary Iran and Turkey at forty: Pragmatism and convergence», *Brookings*, 4 de abril de 2019.

25 AGHAIE JOOBANI, H., «Under Ebrahim Raisi, Iran and Turkey may be entering a new phase of bilateral ties», *The Atlantic Council*, 20 de enero de 2022.

de encanto» regional que el presidente Erdoğan estaría buscando con Egipto, Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos²⁶.

A pesar de la voluntad de los dos países de trabajar en «una hoja de ruta para una cooperación integral a largo plazo», las realidades que determinan la dirección y la dinámica futuras de las relaciones bilaterales son más complejas²⁷. El hecho de que Irán y Turquía hayan logrado evitar la confrontación basándose en el principio de gestionar razonablemente las desavenencias bilaterales, no significa necesariamente que la lista de desacuerdos sobre los asuntos regionales sea corta.

En la guerra civil siria, que se ha convertido en un «conflicto congelado», los dos países tienen posiciones opuestas, aunque han manejado su relación razonablemente bien, especialmente en lo que se refiere al destino de la provincia noroccidental de Idlib, el último gran bastión rebelde, que sigue siendo una manzana de discordia entre ambos países. Las ofensivas militares de Turquía en el norte de Siria desde octubre de 2017 han reforzado los patrones de competencia entre Irán y Turquía, de manera que las milicias respaldadas por Irán se han venido enfrentando con las fuerzas respaldadas por Ankara por el control de la provincia de Idlib.

Más allá de su antagonismo en Siria, Ankara y Teherán también tienen otros intereses superpuestos. Ambos actores están preocupados por la presencia estadounidense en Siria, a la que se oponen. Ankara ve el continuo apoyo de Estados Unidos a los kurdos en el norte de Siria como un obstáculo a sus esfuerzos por impedir una autonomía dominada por el Partido Unión Democrática y las Unidades de Protección Popular (YPG), que Turquía considera un grupo terrorista y una extensión del Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK)²⁸.

Para Irán, aliado del presidente Assad, el objetivo de su política exterior sería expulsar a Estados Unidos de la región. Las fuerzas militares norteamericanas concentradas alrededor de la frontera sirio-iraquí se ven como una amenaza al acceso terrestre iraní a Siria a través de Irak.

Algo parecido ocurre en el norte de Irak —en particular el disputado distrito de Sinjar— que sigue siendo un foco de inmensa rivalidad geopolítica entre Irán y Turquía. En Sinjar, Irán estaría utilizando «por delegación» a sus

26 CAGAPTAY, S. and J. JEFFREY, «Turkey's Regional Charm Offensive: Motives and Prospects», *The Washington Institute for Near East Policy*, 27 de julio de 2016.

27 «Iran, Turkey agree to draw up new roadmap for long-term co-op», *Tehran Times*, 15 de noviembre de 2021.

28 «What is the Syrian Kurdish YPG?», *Reuters*, 5 de octubre de 2023.

representantes chiitas para afianzar su presencia militar, mientras que Turquía utiliza la excusa de combatir al Partido de los Trabajadores del Kurdistán (reconocido como organización terrorista por Estados Unidos, la Unión Europea y Turquía) para controlar la región.

Igualmente, en la región del Cáucaso donde el statu quo cambió a favor de Turquía y Azerbaiyán después de las guerras de Nagorno-Karabaj en 2020 y 2023, saldadas con victoria azerí, se considera que tanto Ankara como Teherán compiten por una mayor huella económica y geopolítica.

Turquía apoya a Azerbaiyán un país con el que comparte importantes lazos históricos, étnicos y lingüísticos, mientras que Irán apoya a Armenia como una forma de evitar un contagio nacionalista en la zona norte del país cuya población es mayoritariamente azerí. En cualquier caso, Irán tiene un margen de maniobra geopolítico más limitado al norte de su frontera, donde Turquía ha logrado imponerse militarmente utilizando a Azerbaiyán²⁹.

En este sentido, el pragmatismo político ha llevado a Teherán a aceptar la llamada «Iniciativa 3+3», una propuesta presentada por Ankara que incluye a los tres países del sur del Cáucaso junto con Turquía, Irán y Rusia y que tiene como objetivo «abordar los desafíos regionales sin la intervención de potencias transregionales y occidentales»³⁰. Parece que tanto Turquía como Irán estarían alineados con Rusia en la configuración de la dinámica regional en el sur del Cáucaso sin interferencia occidental.

En cualquier caso, aunque Irán y Turquía puedan tener demasiadas diferencias geopolíticas y ambas busquen imponerse en regiones en las que sus intereses colisionan, ambas potencias consideran que sus desacuerdos pueden manejarse diplomáticamente. Cabe esperar que ambas seguirán interesadas en mantener su estrategia pragmática de compartimentación, para evitar que las divergencias de intereses a nivel regional terminen por dañar irreparablemente el núcleo de las relaciones bilaterales y las ponga en rumbo de colisión.

29 RUBIN, M, «Understanding the Armenia-Iran Relationship», *The National Interest*, 23 de octubre de 2023.

30 «Iran supports Turkey's 3+3 mechanism for South Caucasus», *Daily Sabah, Istanbul*, 23 de noviembre de 2021.

El impacto de conflicto en Palestina en la geopolítica de las tres potencias

No cabe duda que el comportamiento geopolítico futuro de estas tres potencias dependerá mucho de la evolución de la guerra en Ucrania, pero también de Palestina donde las tres defienden intereses propios, si bien con distintos grados de intensidad y de convergencia.

El país más comprometido es Irán, un Estado que ha respaldado a Hamas, el grupo terrorista que ha gobernado palestina desde 2007, bajo el principio de que los palestinos han sido tratados «con injusticia histórica»³¹. Irán es un conocido partidario de los grupos militantes opuestos a Israel en el Medio Oriente, a los que proporciona entrenamiento, armamento y apoyo logístico. También Irán estaría detrás de cualquier decisión del grupo militante libanés Hezbolá de atacar a Israel lo que, de ocurrir, intensificaría aún más el conflicto en Palestina.

El apoyo de Irán a una amplia red de milicias y grupos armados en Medio Oriente, en el que se incluirían los grupos palestinos, tendría como objetivo consolidar su influencia en el Líbano, Siria, Irak y Yemen, así como en Gaza. Se trataría de crear una alianza fuertemente descentralizada conocida como «eje de resistencia», la cual incluiría a todos los grupos militantes que se han dedicado a oponerse al derecho de Israel a existir, principalmente Hamás en Palestina y Hezbolá en el Líbano.

Por otra parte, la guerra en palestina favorecería a los intereses geopolíticos de Irán de romper los Acuerdos de Abraham, firmados en agosto de 2020 por Israel, Emiratos Árabes Unidos y Estados Unidos, los cuales llevaron a la normalización de las relaciones entre algunos países árabes e Israel. Sin embargo, Irán se opone firmemente a este enfoque adoptado por las naciones árabes, porque entiende que va dirigido directamente contra él, o sus intereses regionales.

El fin de este acuerdo debilitaría la posición norteamericana en Oriente Medio, al tiempo que revalorizaría la iraní. No es de extrañar que el 3 de octubre, apenas cuatro días antes de que Hamás lanzara su ataque contra Israel, Ali Jamenei, líder supremo de la República Islámica, caracterizara el

31 BOZORGMEHR, N., «Iranians see both sides of the Israel-Gaza conflict», *Financial Times*, 15 de noviembre de 2023.

establecimiento de relaciones de los países árabes con Israel como una «apuesta perdida»³².

En ese sentido la estrategia iraní aparentemente estaría teniendo éxito, al permitir a Teherán capitalizar las cambiantes circunstancias regionales y el creciente sentimiento antiisraelí en el mundo musulmán desencadenado por el ataque de Israel contra Gaza tras los ataques del siete de octubre. Incluso Arabia Saudí, país que es el principal objetivo de los acuerdos de Abraham, se habría visto obligado a cambiar su posición favorable a los mismos, al afirmar su príncipe heredero, Mohamed bin Salman «la firme posición del reino de apoyar la causa palestina»³³, alejándose de la posibilidad de llegar a un entendimiento con Israel.

Al mantener una doctrina bien elaborada de «negación plausible»³⁴ en los ataques de Hamás, Teherán ha evitado la participación directa en este conflicto, lo que de probarse tendría consecuencias devastadoras, ya que podría ser considerado como una declaración de guerra con Israel.

Por ello, si bien la República Islámica amenaza regularmente con borrar a Israel del mapa y apoya a las milicias de Hamas que han atacado al Estado judío, le va a ser difícil lograr el suficiente consenso social —como le gustaría al régimen y a quienes lo apoyan—, en una sociedad iraní cada vez más secular, si el argumento es que hay que apoyar a los palestinos únicamente porque son musulmanes.

No obstante, independientemente de la opinión pública, Irán seguirá defendiendo la causa palestina y al mismo tiempo utilizará el «eje de resistencia» formado por representantes, grupos militantes apoyados por Teherán y actores estatales aliados y perfeccionado por la república islámica durante las últimas cuatro décadas, como el elemento fundamental de su estrategia para oponerse a Occidente, los enemigos árabes y, principalmente, Israel³⁵.

En el caso de Rusia, este país siempre ha defendido su decisión de mantener los vínculos con ambas partes en el conflicto entre Israel y Hamás, si bien

32 «Iran's Khamenei says normalising Israel ties is a losing bet-state media», *Reuters*, 3 de octubre de 2023.

33 «Saudi crown prince, Iran president hold first call to discuss Israel's Gaza war», *The New Arab Staff & Agencies*, 12 de octubre de 2023.

34 VAKIL, S., «Iran's regional strategy is raising the stakes of Hamas-Israel war», *Chatham House*, 10 de noviembre de 2023.

35 SCOLLON, M., «Iran's 'Axis Of Resistance': A Network Designed To Create Chaos, Fight Tehran's Enemies», *Radio Liberty*, 19 de octubre de 2023.

Moscú estaría reajustando su política exterior para acercarse a Hamás, como pone de manifiesto la visita de dirigentes de Hamás a Moscú en octubre de 2023.

Rusia siempre ha mantenido unas relaciones estrechas con Hamás, una organización a la que nunca ha reconocido como grupo terrorista, sin que ello suponga que haya sido una marioneta de Moscú. Tampoco hay pruebas de que Rusia haya apoyado a Hamás en la planificación o ejecución de su ataque sorpresa contra Israel en octubre de 2023³⁶. Igualmente, Rusia se ha apresurado a criticar los ataques de Israel contra Gaza, si bien sigue siendo reacia a cortar por completo los lazos con Israel.

La posición pro-Palestina que Rusia ha adoptado, algo impensable hace unos años, indica un esfuerzo por alinearse con la corriente principal árabe favorable a Hamas, como una forma de mejorar su posición en la región. El conflicto en Palestina permite a Moscú hacerse un hueco en el proceso de paz de Oriente Medio, del que estaba excluido y volver a la escena internacional en un escenario crítico como es Palestina del que, con la invasión de Ucrania, había sido expulsado.

Al mismo tiempo, refleja una inclinación hacia una relación más estrecha con Teherán y sus aliados en la región, entre los que se incluye Hamás, como una forma de mantener a Irán, el enemigo acérrimo de Israel, como uno de los principales proveedores de armas de Rusia para la guerra en Ucrania.

Por otra parte, parece evidente que una nueva guerra en Oriente Medio conviene a Moscú para desviar la atención y los recursos occidentales de Ucrania cultivando nuevos puntos de presión y distracciones globales.

Rusia podría beneficiarse del cambio de atención de Ucrania hacia Palestina, lo que le proporcionaría mayor libertad acción para actuar militarmente en el Donbás y facilitaría la consolidación de su control territorial sobre las partes de Ucrania que domina. La ampliación de los focos de tensión con Occidente al nuevo escenario palestino, obligaría a norteamericanos y europeos a dividir sus esfuerzos de apoyo militar entre dos teatros de operaciones, lo que aliviaría la presión ejercida sobre Rusia en Ucrania.

Finalmente estaría el caso de Turquía, que ha mantenido en el conflicto israelo-palestino una posición más ambigua. Turquía e Israel fueron aliados regionales cercanos durante mucho tiempo, pero la llegada al gobierno del Presidente Erdoğan deterioró la relación dadas sus críticas abiertas hacia las políticas de Israel con los palestinos. Israel, por su parte, se opuso a los intentos

36 HAMMER, M., «What Russia Hopes to Gain From the Israel-Hamas Conflict», *Time Magazine*, 30 de octubre de 2023.

del gobierno de Turquía de favorecer al grupo militante palestino Hamas, con quien Ankara comparte una cierta ideología común, sobre la base de los postulados de los Hermanos Musulmanes.

Este deterioro de relaciones tuvo su punto culminante en 2010 cuando los dos países retiraron a sus respectivos embajadores, después de que las fuerzas israelíes atacaron una flotilla con destino a Gaza que transportaba ayuda humanitaria para los palestinos y que rompió un bloqueo israelí con el resultado de la muerte de nueve activistas turcos.

No obstante, en los últimos años, el gobierno turco había favorecido la reconciliación con Israel, con quien recuperó las relaciones plenas en agosto de 2022, mientras mantenía un apoyo más nominal que real a la causa palestina. Como expresara el ministro asuntos exteriores turco Cavusoglu a la televisión Haber Global en una entrevista, «El diálogo (con Israel) nos permitirá defender mejor a los palestinos», sin que ello suponga que «Turquía vaya a hacer concesiones»³⁷.

Está cómoda y ambigua posición de Turquía saltó por los aires con los ataques de Hamás de octubre de 2023, obligando al Presidente Erdogan a posicionarse de una manera mucho más enérgica espoleado por una opinión pública mayoritariamente favorable a la causa palestina. Ello ha colocado las relaciones con Israel en una situación de «congelación profunda»³⁸.

En el actual contexto de enfrentamiento en Palestina, los militantes de Hamás, una organización a la que Turquía nunca consideró terrorista, se han convertido en «libertadores que protegen su tierra», mientras que Israel ha pasado a ser un Estado cuyo «ejército se comporta con gran inhumanidad» y sus «desproporcionados» ataques en Gaza son «una masacre» de la que los últimos responsables serían las potencias occidentales³⁹. Ankara ve ahora el apoyo a Hamás como parte de su política de defensa de la causa palestina dentro de una estrategia amplia de liderar el resentimiento anti-israelí que recorre el mundo árabe.

Turquía se encuentra, en todo caso, en una complicada posición en la que la necesidad de apoyar a Hamás ha entorpecido sus esfuerzos encaminados a normalizar las relaciones con Israel. De ahí que el presidente Erdogan busqué

37 «Turkey's Erdogan promises continued support for Palestinians amid reconciling with Israel», *Euronews with AP*, 23 de agosto de 2022.

38 WILKS, A., «Gaza war pushes tumultuous Israel-Turkey ties into 'deep freezer'», *Al Jazeera*, 14 de noviembre de 2023.

39 «Israel recalls diplomatic staff from Turkey after Erdogan's accusations of war crimes», *France24*, 29 de octubre de 2023.

en los esfuerzos diplomáticos para lograr la calma en los combates entre las fuerzas israelíes y palestinas, la forma de recuperar y reconciliarse con la causa palestina sin arruinar completamente sus relaciones con Israel.

La solución de dos Estados sería en la visión turca la única manera de desescalar las tensiones y lograr la paz regional. La promoción de esta propuesta, muy popular en el mundo árabe, permitiría a Turquía convertirse en un actor global replicando el éxito de Ankara en la mediación entre Ucrania y Rusia sobre la exportación de cereales. Al mismo tiempo se atendería a su opinión pública que reclama un mayor apoyo por parte de su gobierno a la causa palestina.

Pero será difícil que los esfuerzos de Turquía por encontrar una solución duradera no se vean frustrados si no se logra un compromiso significativo entre ambas partes y ello dependerá en última instancia de la evolución del conflicto y de que Washington y Europa estén realmente interesados en la mediación turca.

En definitiva, la geopolítica de las tres potencias Rusia, Turquía e Irán convergen en el mismo escenario en apoyo de la causa palestina, si bien por motivos diferentes. El conflicto abierto en Palestina se presenta así como una oportunidad extraordinaria para Rusia, Turquía e Irán de modificar ventajosamente un orden internacional que las tres rechazan y desafían. La eventual asociación de estas potencias revisionistas en una estrategia conjunta supondría acabar con el frágil equilibrio regional en Oriente Medio, arrastrando a los EEUU y a Europa a un escenario de guerra imposible de resolver. Palestina se habría convertido así en una trampa, siguiendo a Sun Tzu, para la hegemonía occidental en el mundo, lo que, en caso de caer en ella, podría traducirse en un conflicto abierto en la región de consecuencias catastróficas.